

BUENOS PASTORES COMO CRISTO

Homilía en la ordenación presbiteral del diácono Aníbal Lorca, SJ
Parroquia de Jesús Obrero, 7 de junio de 2014,
Card. Jorge Urosa Savino, Arzobispo de Caracas.

Con gran alegría nos encontramos congregados en esta Eucaristía en vísperas de la solemnidad de Pentecostés e invocamos la intensa acción del Espíritu Santo sobre nuestra Iglesia en Venezuela. Vamos a participar en una sagrada y antigua ceremonia religiosa: la ordenación de un nuevo presbítero. Nuestro hermano Aníbal Lorca será un nuevo sacerdote de la Compañía de Jesús al servicio de Dios, de la Iglesia y del país, por lo cual damos gracias a Dios.

En esta homilía quiero señalar tres aspectos del sacerdocio que nos ayudarán no sólo a vivir mejor esta Eucaristía, sino también a comprender mejor la realidad del sacerdocio ministerial, del sacramento que recibirá nuestro hermano Aníbal.

BUENOS PASTORES COMO CRISTO

En primer lugar, los obispos y los presbíteros debemos ser buenos pastores como Cristo. Acabamos de escuchar las bellísimas palabras de Jesús, que se presenta a sí mismo ante nosotros como el Buen pastor, que da la vida por sus ovejas (Jn 10,11). Esta imagen indica varias cosas: la conciencia que tuvo Cristo de su identidad con el Padre celestial, a quien el antiguo testamento proclama el pastor de Israel. Pero también nos indica su inmenso amor a la humanidad, pues precisamente la figura del pastor evoca el amor de este hacia sus ovejas, hacia quienes están confiados a su cuidado. Y al mismo tiempo nos manifiesta la naturaleza sacerdotal de Cristo. El sacerdocio de Cristo, mis queridos hermanos, es la ofrenda religiosa, amorosa de su vida por la salvación del mundo. Y por ello, el sacerdocio ministerial confiado por Cristo a los Apóstoles y a sus sucesores, los obispos, y a través de ellos a los presbíteros, es también entrega, oblación amorosa, vital, alegre y confiada de nuestras vidas en sacrificio, en ofrenda religiosa y sacrificial a Dios nuestro Padre amoroso por la salvación el mundo.

CONFIGURADOS REAL Y EXISTENCIALMENTE A CRISTO SACERDOTE

En segundo lugar, el sacerdote está configurado real y existencialmente a Cristo. Por participar en el sacerdocio de Cristo, que se ofrece a sí mismo por la salvación del mundo, por la acción del Espíritu Santo los presbíteros y los obispos estamos configurados realmente, ontológicamente a Cristo sacerdote, que realizó la reconciliación de la humanidad con Dios y de los hombres entre sí. De manera que nuestra identidad, la conciencia de lo que somos, tiene como punto principal de referencia al mismo Jesús sacerdote. Y por ello, todo presbítero, todo obispo está llamado a unirse existencialmente, a identificarse vivencialmente con Jesús, recordando y cumpliendo las palabras de San Pablo en la carta a los filipenses: “Tengan Ustedes los mismos sentimientos de Cristo, el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo... y se entregó hasta la muerte, y una muerte de cruz” (Fil 2, 5-8). Esto implica que cada uno de nosotros, sacerdotes, seamos religiosos o diocesanos, estamos llamados a una vida de identificación plena con el Señor, en la vivencia de la voluntad de nuestro Padre celestial, en la búsqueda permanente de la santidad, en la fidelidad a la Palabra de Dios, que es el camino hacia la felicidad. Y por supuesto, en la entrega generosa en nuestro servido de amor misericordioso a la gente, a

nuestros hermanos, a la Iglesia, a todos aquellos que, cualquiera sea nuestro trabajo concreto, son encomendados por la Iglesia a nuestra atención pastoral.

EMBAJADORES DE CRISTO

Por último, los obispos y presbíteros estamos llamados a ser embajadores de Cristo (2 Co 5, 20), enviados de Cristo, apremiados siempre por el amor de Cristo, como San Pablo dice de sí mismo en la carta a los Corintios que hemos escuchado. Y esto, para ejercer la misión, el oficio de la reconciliación (Ibid, 19): reconciliación de la humanidad pecadora con Dios, y reconciliación de los seres humanos entre sí. Hermosa misión, sublime tarea, capaz de llenar las aspiraciones del corazón humano, pues procede del amor de Dios infundido en nuestros corazones por el mismo Espíritu Santo (Ro 5,5). Por eso hemos de apreciar nuestro sacerdocio; por eso el pueblo católico aprecia y venera a los sacerdotes. Y por eso nosotros, lo reitero, estamos, llamados a vivir siempre, hasta el fin de nuestros días, en la entrega fiel, amorosa, generosa de nuestra vida, al servicio de Dios, de nuestra querida Iglesia y de nuestro amado país.

LA ALEGRÍA SACERDOTAL

Si así lo hacemos, viviremos la alegría, la plenitud de la alegría que Jesús, como lo dijo en la Última Cena, quiere que tengamos en nuestros corazones (Jn 15,11). En esta línea, el Papa Francisco, en la Misa Crismal de este año, refiriéndose a los sacerdotes nos dice: “El que es llamado- al sacerdocio- sea consciente de que existe en este mundo una alegría genuina y plena: la de ser sacado del pueblo al que uno ama para ser enviado a él como dispensador de los dones y consuelos de Jesús, el único Buen Pastor que, compadecido entrañablemente de todos los pequeños y excluidos de esta tierra que andan agobiados y oprimidos como ovejas que no tienen pastor, quiso asociar a muchos a su ministerio para estar y obrar Él mismo, en la persona de sus sacerdotes, para bien de su pueblo!”

Y una oración del Papa muy apropiada para esta ocasión: “En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que cuide el brillo alegre en los ojos de los recién ordenados, que salen a comerse el mundo, a desgastarse en medio del pueblo fiel de Dios, que gozan preparando la primera homilía, la primera misa, el primer bautismo, la primera confesión... Es la alegría de poder compartir –maravillados, por vez primera como ungidos, el tesoro del Evangelio y sentir que el pueblo fiel te vuelve a ungir de otra manera: con sus pedidos, poniéndote la cabeza para que los bendigas, tomándote las manos, acercándote a sus hijos, pidiendo por sus enfermos... Cuida Señor en tus jóvenes sacerdotes la alegría de salir, de hacerlo todo como nuevo, la alegría de quemar la vida por ti”.

CONCLUSIÓN

Vamos a orar intensamente al Espíritu Santo por Aníbal y por todos los sacerdotes de la Compañía y de toda la Iglesia en Venezuela. Para que seamos buenos pastores como Jesús, sumo y eterno sacerdote. Para que, configurados a El por el Sacramento del Orden, vivamos existencialmente nuestra identificación con El. Y para que seamos buenos embajadores de Cristo, realizando fielmente, con viva caridad e intenso ardor apostólico, el ministerio de la reconciliación del mundo con Dios y de nuestros hermanos entre sí.

Encomendemos estas intenciones a la maternal intercesión de nuestra madre amorosa, María Santísima, la Virgen de Coromoto, patrona de Caracas y de toda Venezuela. Amén.